

Ernesto de la Torre Villar (1917-2009),
in memoriam

Ernesto de la Torre Villar nació en Tlatlauquitepec, en la Sierra de Puebla, el 24 de abril de 1917, porque su familia era poblana, y falleció en la capital federal el 7 de enero de 2009, a punto de cumplir los 92 años de vida. Fue francófilo por su educación primaria en el Colegio Francés (lo que le llevaría después a mantener una estrecha colaboración con el mundo historiográfico galo). De niño fue testigo de la primera revuelta cristera, sufriendo algún arresto en los sótanos de la Inspección de Policía. Se graduó en Derecho por la Universidad Nacional Autónoma de México, en 1941 (con un trabajo sobre las Leyes del Descubrimiento)¹ y obtuvo la maestría en Historia en la Escuela Nacional de Antropología, en 1945 (con una investigación sobre la educación y las reformas del Dr. José María Luis Mora), después de haber pasado también por El Colegio de México.

En la UNAM, cursando simultáneamente Filosofía y Derecho, fue alumno de José Vasconcelos, Alfonso y Antonio Caso, Federico Gamboa, Ezequiel Chávez, Manuel Gómez Morín, Roberto Cossío, Eduardo García Máynez, Vito Alessio Robles y tantos otros (entre ellos algunos *trasterrados* españoles, como Luis Recaséns Siches y Agustín Millares Carlo), que configuraron una época notable de la vida intelectual mexicana. De El Colegio de México recordaba con nostalgia las explicaciones de José Gaos, Joaquín Xirau, Ramón Iglesia y David García Bacca, que después marchó a Sudamérica. Con la muerte de don Ernesto de la Torre y, un año antes, de su prima la Dra. Josefina Muriel, se agota la memoria viviente de una etapa notable, pues apenas queda todavía vivo algún testigo, como el egregio don Silvio Zavala Vallado, ya centenario.

Don Ernesto fue también desde muy temprano aficionado a la música, cursando estudios de piano durante seis años, pues deseaba ser ejecutante, aunque tuvo que abandonar la Escuela de Música para ponerse a trabajar por dificultades económicas de su familia. «Eso sí, nunca se me quitó la melomanía», confesaba algunas veces. Y, en todo caso, fue un enamorado de los libros y de las fuentes históricas: no en vano dirigió, en distintos momentos, el Archivo Histórico de Hacienda; el Archivo General de la Nación: la Biblioteca Nacional de México; el Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM, donde fundó, en 1967, su *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, que perdura aún, ya en su tercera época; y el Instituto Dr. José Luis Mora.

En 1944 comenzó su docencia en la UNAM. Se inició en la investigación, entre 1945 y 1948, en el Archivo General de la Nación (que todavía estaba en el Palacio Nacional). Des-

* Una fuente privilegiada sobre su vida es: Claudia MÁRQUEZ PEMARTÍN, *Conversación en México con Ernesto de la Torre Villar*, en AHlg 7 (1998) 321-345.

1. *Las Leyes del descubrimiento y conquista de América en los siglos XVI y XVII*, Junta Mexicana de Investigaciones Históricas, México 1948. Reedición con el título de *Estudios de Historia Jurídica*, UNAM, México 1994.

pués obtuvo una beca para ampliación de estudios en París, donde residió de 1948 a 1952, ya casado con Esperanza y donde nació su primer hijo. Tuvo que separarse de su familia, que regresó a México, porque la situación europea estaba muy tensa: había empezado la «guerra fría»: «Parecía que Stalin podía desencadenar las hostilidades en cualquier momento», comentaba algunas veces don Ernesto, recordando aquellos años. En París investigó los archivos franceses sobre México (sobre todo el Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores de Francia), con el fin de hacer un inventario, en particular los fondos de la expedición de Maximiliano; y, al mismo tiempo, llevó a cabo los estudios para la obtención del grado de doctor en La Sorbona y en la Escuela de Altos Estudios. En El Colegio de Francia siguió los cursos que dictaban Lucien Febvre y Marcel Bataillon. Fruto de aquel trabajo fue un primer volumen de correspondencia franco-mexicana².

A su regreso al Distrito Federal, en 1952, se reincorporó a la Universidad Nacional Autónoma de México, donde comenzó a explicar Historia de México y Metodología histórica, mientras empezaba a ocupar distintos cargos de dirección de archivos y bibliotecas. En esos años dedicó gran atención a publicar instrumentos para la enseñanza, como su *Historia de México* (que ha tenido varias ediciones), *Metodología de la investigación bibliográfica, archivística y documental* (también reeditada) y *Lecturas históricas mexicanas* (en cinco volúmenes), y se aficionó a una tarea, que nunca abandonaría: sus viajes por la República, durante años, arriba y abajo, para dar a conocer y divulgar la historia de la nación mexicana. Al mismo tiempo, ingresó en el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, al que ha permanecido adscrito hasta su muerte, con una actividad constante e ininterrumpida, si bien como investigador emérito desde 1994.

En 1965 fue llamado a dirigir la Biblioteca Nacional de México, durante trece años (trienios y periodos intermedios), que estaba entonces ubicada en la antigua Iglesia de San Agustín, donde impulsó la catalogación de los viejos fondos coloniales conventuales (allí intervino Jesús Yhmoff, que era entonces empleado y después resultó ser un magnífico investigador), y la clasificación de publicaciones de la primera época republicana, como el Fondo Lafragua, catalogado por la Dra. Lucina Moreno Valle, una de sus discípulas. Mientras tanto, y con documentación procedente del Archivo Histórico de Hacienda y otros acervos documentales, preparó dos obras sobre tema guadalupano, que han tenido muy buena acogida: *Los guadalupes y la independencia de México*³ y *Testimonios históricos guadalupanos*, una fuente de consulta obligada sobre el tema⁴. Sin embargo, su obra más significada en el estudio del nacimiento del México moderno es, sin duda: *La Constitución de Apatzingán y los creadores del Estado mexicano*⁵, tema que ha tratado recientemente de nuevo en *Documenta insurgente* (2003) y en *La inteligencia libertadora* (2004).

2. *La correspondencia diplomática franco-mexicana, 1808-1839*, El Colegio de México, México 1958.

3. *Los Guadalupes y la Independencia de México*, Editorial Porrúa, México 1986 (primera edición de 1967 en ediciones «Revista Jus»).

4. *Testimonios históricos guadalupanos*, FCE, México 1982 (segunda edición muy ampliada, en dos volúmenes, FCE, México 2005).

5. *La Constitución de Apatzingán y los creadores del Estado mexicano*, UNAM, México 1978.

Ya en los ochenta y noventa se ocupó intensamente de los ilustrados mexicanos, reeditando la famosa *Biblioteca Mexicana* de Juan Eguiara y Eguren (y otras obras suyas) y prestando atención Cayetano Cabrera, Andres Arzey Miranda y otros más. «He llegado al convencimiento de que este grupo de mexicanos ya tenían muy claro, a la mitad del siglo XVIII, el sentimiento de la nacionalidad, y que pensaban que México se apoyaba sobre dos pilares: uno espiritual y otro intelectual», dijo en cierta ocasión.

Buceando en la ilustración y en la prehistoria de la emancipación mexicana, concretó también su atención en José Pérez Calama, al que dedicó dos libros⁶. Pérez Calama llegó de España, acompañando al obispo de Puebla Don Francisco Fabián y Fuero, y fue uno de los protectores del prócer don Miguel Hidalgo y Costilla, en la primera etapa de éste como clérigo y teólogo. Comentando su investigación sobre Pérez Calama, que sería al final de su vida obispo de Quito, decía el maestro De la Torre: «Estoy convencido de que la historia mexicana posee una cantidad enorme de personajes muy valiosos, y una de las misiones del historiador es ponerlos de relieve, hacerlos aparecer como constructores de una cultura, de una mentalidad, de una idiosincrasia, de una forma de ser».

En los noventa trabajó también sobre el XVII, dando a las prensas, por su amor a la ciudad de Puebla, algunos estudios sobre la familia León Pinelo, especialmente sobre Juan Rodríguez de León Pinelo, e historió, en particular, la vida y obra de Juan de Palafox y Mendoza, que fue obispo de Puebla y uno de los gigantes de la primera mitad del XVII: «Fue uno de los gobernantes más excepcionales que tuvo América en el siglo XVII, y un jurista y escritor místico de primera», comentaba en ocasiones. En esta década de los noventa todavía inició una nueva revista, titulada *Novahispania*, de vida efímera, con una colección de anejos, publicada en colaboración con el Centro de Estudios Clásicos del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM. Podríamos seguir el repaso de sus publicaciones, cuyo catálogo supera los sesenta títulos, algunos en varios volúmenes y varias reediciones.

Don Ernesto ha sido, además, académico numerario de la Academia Nacional de la Lengua (silla 29, desde 1970) y de la Academia Mexicana de la Historia (sillón número 1, desde 1971); miembro del *bureau* del Comité International des Sciences Historiques (1980); Doctor honoris causa de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (Lima), en 1995; y Profesor Honorario de la Universidad de Navarra, adscrito al Instituto de Historia de la Iglesia, en 1998. Estaba en posesión de varias condecoraciones civiles y académicas. Dos bibliotecas llevan su nombre: la del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora (México DF), fundada en 1981, y la de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

* * *

Conocí a don Ernesto durante la celebración del Congreso Internacional de Historia Eclesiástica Comparada, que tuvo lugar en Salamanca, en agosto de 1987. Al año siguiente, él fue la mano amiga que me recibió en la Ciudad de México, a finales de octubre de 1988,

6. Véase la edición que preparó de José PÉREZ CALAMA, *Política cristiana*, Universidad Michoacana de San Nicolás Hidalgo, México 1993; y *Testimonios y escritos de José Pérez Calama*, UNAM, México 1997.

y me abrió las puertas de la Biblioteca Nacional, del Archivo General de la Nación y del Centro de Estudios CONDUMEX. Pude apreciar que en todas partes tenía amigos, discípulos, personas que le debían su promoción en la carrera universitaria y el progreso en la investigación. Para todos era el «maestro» y todos le querían de veras. Nunca tenía prisa y siempre reservaba su tiempo para invitar a los amigos a almorzar o, al menos, a tomar una cerveza mexicana, una negra *bohemia* o *modelo*, que no recuerdo ahora cuál era su preferida.

Dos veces estuvo en la Universidad de Navarra, participando en los Simposios Internacionales de Teología: en el de 1989, que versó sobre «Evangelización y teología en América (siglo XVI)», y en el de 1995, dedicado al tema «Qué es la Historia de la Iglesia». Desde el primer momento fue miembro del Consejo asesor de la revista *Anuario de Historia de la Iglesia*, fundada en 1992, con un papel muy activo, pues en ella publicó once trabajos y más de una docena de recensiones, aunque benignas siempre con los autores (porque reconocía el esfuerzo realizado), minuciosas y críticas cuando debía.

Ha fallecido el gran amigo, maestro y colega. Una vida generosa dedicada a la ciencia y a México. Descanse en paz después de tanto trabajo.

Josep-Ignasi SARANYANA

Universidad de Navarra

Instituto de Historia de la Iglesia

E-31080 Pamplona

<saranyana@unav.es>

Josefina Muriel (1918-2008),

in memoriam

La muerte de Doña Josefina Muriel, notable historiadora mexicana, acaecida en la Ciudad de México el 30 de enero del año 2008, nos ha dejado una profunda sensación de pérdida. Nos sentimos como desencajados y dolidos, porque nos hace falta su presencia. No sólo partió una compañera y colega de trabajo en el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, sino una mujer que fue toda una institución entre nosotros; una dama que vio pasar a muchas generaciones y vivió entrañablemente ligada a Históricas, dando ejemplo de vida y de profesionalismo, participando siempre en la vida académica, comprometida con el desarrollo de nuestro centro de trabajo. Fue Doña Josefina una mujer notable por su fuerza y su vitalidad: esposa cariñosa, madre solícita e investigadora de nivel internacional.

No puedo más que pensar en lo que Josefina Muriel aportó al quehacer historiográfico en este país, entre muchas razones por que ella eligió trabajar temas inéditos, originales, que interesaban a amplios sectores. Hoy, con toda justicia, razón y afecto, quienes nos dedicamos al quehacer histórico debemos rendirle un necesario y merecido homenaje a la memoria de Josefina Muriel, a esta gran historiadora, quien fuera decana e investigadora emérita de la UNAM.